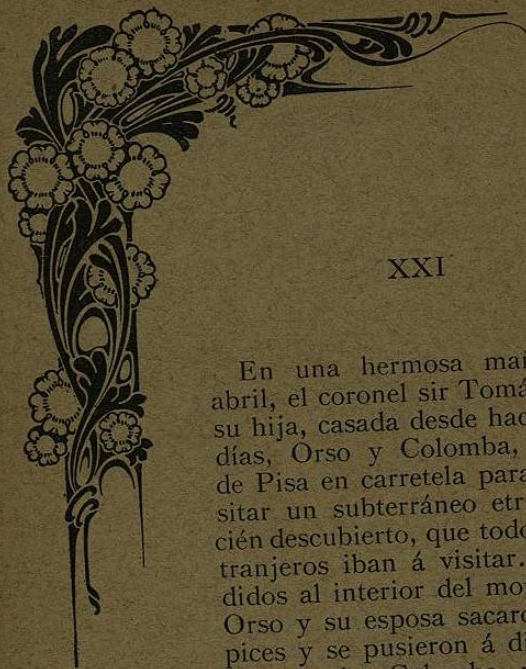


Bastia, en el puerto; dádselo, y ella me lo remitirá.

—Tendréis un Elzevir, señor sabio; hay precisamente uno entre los libros que quería llevarme. —¡Pues bien! amigos míos, es preciso separarnos. Un apretón de manos. Si pensáis algún día en Cerdeña, escribidme; el abogado N. os dará mi dirección en el continente.

—Mi teniente, dijo Brando; mañana, cuando estéis fuera del puerto, mirad sobre la montaña, á este sitio; nosotros estaremos aquí, y os haremos señas con nuestros pañuelos.

Se separaron; Orso y su hermana tomaron el camino de Cardo, y los bandidos el de la montaña.



## XXI

En una hermosa mañana de abril, el coronel sir Tomás Nevil, su hija, casada desde hacía pocos días, Orso y Colomba, salieron de Pisa en carretela para ir á visitar un subterráneo etrusco, recién descubierto, que todos los extranjeros iban á visitar. Descendidos al interior del monumento, Orso y su esposa sacaron los lápices y se pusieron á dibujar las pinturas; pero el coronel y Colomba, muy indiferentes por la arqueología, los dejaron solos y se pasearon por los alrededores.

—Mi querida Colomba, dijo el coronel, no regresaremos á Pisa á tiempo para nuestro *luncheon*. ¿No tenéis apetito? He ahí Orso y su mujer en las antigüedades; cuando se ponen á dibujar juntos, no concluyen nunca.

—Sí, dijo Colomba, y sin embargo no sacan ningún dibujo completo.

—Mi parecer es, continuó el coronel, que vayamos á esa pequeña granja que se vé allá abajo. Encontraremos en ella pan, y quizás *aleatico*, ¿quién sabe? y hasta crema y fresas, y esperaremos pacientemente á nuestros dibujantes.

estado de hablar ó de moverse. Por fin gruesas lágrimas corrieron por sus enflaquecidas mejillas, y algunos gemidos se escaparon de su pecho.

—Esta es la primera vez que lo veo así, dijo la jardinera. La señorita es de vuestro país; ha venido para veros, dijo al viejo.

—¡Gracias! exclamó éste con ronca voz; ¡gracias! ¿no estáis satisfecha? Aquella hoja... que yo quemé... ¿cómo hiciste para leerla?... ¿Pero por qué los dos?... No pudiste leer nada contra Orlanduccio... Debieron haberme dejado uno... uno sólo... Orlanduccio... tú no leíste su nombre...

—Necesitaba los dos, le dijo Colomba en voz baja y en dialecto corso. Se cortaron las ramas; y, si el tronco no estuviese podrido, yo lo hubiese arrancado. Vaya, no te lamentes; te queda poco que sufrir. ¡Yo he sufrido dos años!

El anciano lanzó un grito, y su cabeza cayó sobre su pecho. Colomba le volvió la espalda, y se dirigió á paso lento hacia la casa cantando algunas palabras incomprensibles de una *ballata*: «Necesito la mano que disparó, el ojo que apuntó, el corazón que lo resistió»...

Mientras que la jardinera se apresuraba á socorrer al anciano, Colomba, con el tinte animado y la mirada de fuego, se sentaba en la mesa frente al coronel.

—¿Qué tenéis? le dijo, os encuentro la misma expresión que teníais en Pietranera, aquel día que mientras comíamos nos enviaron algunas balas.

—Es que acuden á mi mente los recuerdos de Córcega. Pero todo ha concluído. Yo seré madrina, ¿no es verdad? ¡Oh! qué nombres más bonitos le daré: ¡Ghilfuccio-Tomaso-Orso-Leone!

La jardinera entraba en este momento.

—¡Y bien! preguntó Colomba con la mayor sangre fría, ¿está muerto ó sólo desvanecido?

—No fué nada, señorita; pero es singular el efecto que le ha producido vuestra presencia.

—¿Y el médico dice que no hay para mucho tiempo?

—Ni para dos meses, quizás.

—No será una gran pérdida, observó Colomba.

—¿De quién diablo habláis? preguntó el coronel.

—De un idiota de mi país, dijo Colomba con aire de indiferencia, que está aquí recogido. De cuando en cuando mandaré á preguntar por él. Pero, coronel Nevil, dejad fresas para mi hermano y para Lydia.

Cuando Colomba salió de la quinta para subir á la carretela, la colona la siguió algún tiempo con la vista.

—¿Ves á esa señorita tan linda? dijo á su hija, ¡pues bien! estoy segura que hace mal de ojos.

FIN

estac  
lágr  
y alg

—  
jardi  
nido

—  
cias!

yo qu  
por q  
Orlan  
uno s  
bre...

—  
baja  
y, si  
biese

peco

El  
sobre  
y se d  
alguna

ta: «N  
apunte

Mier  
correr  
y la m  
te al c

—¿  
expres  
que m  
balas.

—Es  
Córceg  
drina,  
bonitos

La ja



